

ORACIÓN

Señor y Hermano Jesús:

Tú dijiste que “tu Padre nos enviaría en tu nombre el Espíritu Santo y que Él nos recordaría lo que nos enseñaste y nos lo explicaría todo”.

Tú conoces la pobreza y la aridez de nuestro corazón.

Te pedimos que tu Espíritu nos lo refresque, nos lo ilumine, nos haga entender tu Evangelio.

Nos lleve sobre todo a fiarnos de Ti y de tu Padre, a seguirte en fe confiada y amorosa, y a poner nuestro grano de arena para construir paz y vida en nuestro entorno. AMEN, ASI SEA.

MARCOS 4,1-34

EL DISCURSO PARABÓLICO SOBRE EL REINO DE DIOS (Mc 4,1-34)

En Mc 3,24 encontramos en dos ocasiones la palabra *basileia* (= reino); es la primera vez que aparece este término tras haber sido utilizado inicialmente en 1,15, donde se dice que Jesús vino a Galilea proclamando la cercanía del reino de Dios. Sin embargo, en 3,24 se habla de otro reino, que se opone al de Dios: el reino de Satán, que según 3,27 ha quedado fatalmente debilitado por la llegada del Más Fuerte, es decir, Jesús. Conforme al contexto de la discusión en 3,27, la evidencia del debilitamiento de Satán puede verse en los exorcismos de Jesús, pues muestran que la «casa» de Satán, que es el mundo, está siendo saqueada por el Más Fuerte, que arrebató a Satán sus cautivos.

Pero ¿es realmente así? ¿Satán ha sido realmente desarmado? Si así fuere ¿cómo es que quedan en el mundo tantas realidades que parecen sugerir lo contrario? ¿Cómo es que la misma comunidad de Marcos está pasando por una tribulación que no tiene precedentes desde el comienzo del mundo (13,19)? ¿Por qué razón algunos de los miembros de aquella comunidad parecen ser odiados por todo el mundo exterior (13,13) y por qué esta presión de los de fuera se encuentra vinculada al engaño, a la desilusión y a la apostasía de los de dentro (13,9-13,22)? ¿Es este un mundo en el que Satán ha sido desposeído o parece más bien que Satán se sienta todavía de un modo firme y terrible sobre el trono?

Estos son *los temas con los que se enfrenta el capítulo de las parábolas de Marcos* (Mc 4,1-34), que comienza unos pocos versículos después de la «parábola» de la casa/reino de Satán (que hemos visto en 3,22-27). La cuestión central de fondo a la que responden estas parábolas es la siguiente: ¿En qué tiempo del mundo nos hallamos? ¿Estamos en el tiempo del reino de Satán o en el tiempo del reino de Dios? ¿Este es el tiempo de la ausencia de Jesús, que no está ya presente en la comunidad marcana, y es por tanto un tiempo de llanto y de fuerte paciencia ante el asalto demoníaco (2,20; cf. 16,6)? ¿O es el tiempo de la presencia de Jesús en la comunidad y, por lo tanto, una época de alegría y de celebración, porque Dios ha extendido su reino de gracia sobre el conjunto de la tierra (2,19; cf. 13,10-11)? ¿O es, en sentido misterioso, un tiempo en que se vinculan ambas cosas (cf. Jn 16,20)? Como veremos, nuestro capítulo, que se ocupa especialmente del «misterio del reino de Dios» (cf. 4,11.26.30), parece situarse en la línea de esa última posibilidad.

En Mc 4,1-34 hallamos, junto con Mc 13, el discurso más extenso de Jesús, un discurso que se encuentra rodeado por una narración introductoria (4,1-2) y por una narración conclusiva (4,33-34). Este capítulo se encuentra situado en este momento de la narración por dos razones principales.

1) *La sección previa* del evangelio, desde el comienzo del capítulo 2 hasta el final del capítulo 3, ha descrito la creciente y afilada división entre Jesús y sus oponentes. Hacia el final de Mc 3, sus oponentes le están acusando de realizar sus milagros como agente del diablo y él les ha acusado de blasfemar contra el Espíritu Santo (3,20-30). La primera mitad del capítulo de las parábolas (4,1-20) presenta esta *división entre los de dentro y los de fuera*, entre el buen suelo y el mal suelo, como algo que depende de la voluntad de Dios.

2) *Inmediatamente después* del capítulo de las parábolas, Jesús realizará su primera incursión en un territorio gentil (4,35-5,20). La segunda parte del capítulo de las parábolas (4,21-32) prepara esta expansión

del evangelio *utilizando imágenes dinámicas* de un movimiento que va de la oscuridad a la luz (4,21-22), imágenes del crecimiento impredecible de una semilla (4,26-29) y de la forma en que un grano de mostaza germina y viene a convertirse en un árbol grande bajo cuyas ramas pueden refugiarse los pájaros del cielo (4,30-32).

Esta unidad ha sido cuidadosamente construida. Así, podemos ver en ella un elegante quiasmo (construcción literaria con una estructura en forma ABBA o similar, de manera que se forma un esquema cruzado; puede tener un elemento central o no):

- A Introducción narrativa (4,1-2)
- B Parábola de la semilla (4,3-9)
- C Afirmación general (4,10-12)
- D Explicación de la parábola (4,13-20)
- C' Afirmación general (4,21-25)
- B' Parábolas de la semilla (4,26-32)
- A' Conclusión narrativa (4,33-34).

TEXTO

«¹Y de nuevo comenzó a enseñar junto al mar. Y se reúne en torno a **él una muchedumbre muy grande**, de modo que [estaba] él subido en una barca, sentado en el mar, y **toda la muchedumbre** estaba junto al mar, sobre la tierra.

²Y les enseñaba muchas cosas en parábolas y en su enseñanza les decía:

³«¡Escuchad! He aquí que salió **el sembrador a sembrar**.

⁴Y sucedió que, **al sembrar**, parte cayó junto al camino y vinieron los pájaros y la comieron.

⁵Y otra parte cayó en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra, y enseguida brotó, porque no tenía tierra profunda, ⁶y cuando salió el sol se marchitó y por no tener raíz se secó. ⁷Y otra parte cayó entre espinos, y los espinos crecieron y la ahogaron, y no dio fruto.

⁸Y otra parte cayó en tierra buena y daba fruto, subiendo y creciendo, y produjo el treinta, y el sesenta, y el ciento por uno”.

⁹Y dijo: “¡El que tiene oídos para escuchar, que escuche!”.

¹⁰Y cuando quedó a solas, **los que estaban en torno a él con los Doce** le preguntaban [sobre] las parábolas

¹¹y les decía: “A **vosotros** os ha sido dado el misterio del reino de Dios, pero a aquellos [que están] **fuera** todo sucede en parábolas, ¹²para que, mirando, miren pero no vean, y, *escuchando, escuchen* pero no entiendan, para que no se conviertan y sean perdonados”.

¹³Y les dice: “¿No conocéis esta parábola? ¿Y cómo conoceréis todas las parábolas?

¹⁴**El sembrador siembra la palabra**.

¹⁵Pero estos son los del borde del camino donde **es sembrada la palabra**: cuando *escuchan*, de inmediato viene Satanás y les quita la palabra sembrada en ellos.

¹⁶Y estos son **los sembrados** en terreno pedregoso: los que, cuando *escuchan la palabra*, de inmediato la reciben con alegría, ¹⁷y no tienen raíz en sí mismos, sino que están a lo temporal y al suceder una tribulación o persecución por causa de la palabra de inmediato se escandalizan [caen].

¹⁸Y otros son **los sembrados** entre espinos: estos son los que *escuchan la palabra*, ¹⁹y las preocupaciones del tiempo presente y la seducción del dinero y los deseos de las restantes cosas, entrando en ellos, ahogan la palabra y queda sin fruto.

²⁰Y esos son **los sembrados** en la tierra buena: los que *escuchan la palabra* y la acogen y dan fruto: uno treinta y otro sesenta y otro ciento”.

²¹Y les decía: “¿Acaso la lámpara viene para ser colocada bajo un celemín o debajo de la cama? ¿No [viene] para ser puesta sobre el lampadario? ²²Porque nada hay oculto, sino para que sea manifestado; nada se ha hecho secreto, sino para que vaya a su manifestación. ²³¡Si alguno tiene oídos para escuchar, que escuche!”.

²⁴Y les decía: “Mirad lo que escucháis, con la medida con que midáis se os medirá a vosotros, y se os añadirá a vosotros. ²⁵Porque al que tiene le será dado, y al que no tiene le será quitado también lo que tiene”.

²⁶Y decía: “Así es **el reino de Dios**: como un hombre arroja **la semilla** sobre la tierra; ²⁷y duerme y se levanta noche y día, y **la semilla** germina y crece, y él no sabe cómo. ²⁸Por sí misma la tierra da fruto: primero el tallo, luego la espiga, después trigo abundante en la espiga. ²⁹Pero cuando el fruto lo permite, de inmediato envía la hoz, porque la siega ha llegado”.

³⁰Y decía: “¿Con qué compararemos **el reino de Dios** o en qué parábola lo pondremos? ³¹Es como un grano de mostaza, que cuando **se siembra** en la tierra es la más pequeña de todas las **semillas** de la tierra. ³²Y, cuando **se siembra**, sube (crece) y se hace mayor que todas las hortalizas y hace (echa) ramas grandes, de modo que las aves del cielo pueden morar bajo su sombra”.

³³Y con muchas parábolas como estas les hablaba la palabra, según podían escuchar (entender). ³⁴Pero nada les hablaba sin parábolas; pero a **sus propios discípulos** se lo explicaba todo en privado».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (4,1-9)

➤ Después de la atmósfera claustrofóbica de la escena interior de 3,20-35, el movimiento que nos lleva hasta la orilla del mar al comienzo del capítulo de las parábolas aparece como un *motivo de descanso*. La mayoría de las parábolas de este capítulo, incluyendo la primera, la del sembrador, tienen un contexto de campo abierto.

La escena está estructurada en una *serie de alternancias*. En el marco escénico (4,1-2), el enfoque sobre Jesús *alterna* con el enfoque sobre la muchedumbre. De forma semejante, en la misma parábola el destino de cada porción de semilla se describe de un modo paralelo: primero oímos hablar sobre una semilla que cae en un tipo de terreno y después se nos dice que fructifica o no fructifica y en qué medida. Más aún, las secciones en las que el destino de la semilla se describe de un modo conciso (4,4.7) alternan con aquellas en las que se describe de modo más extenso (4,5-6.8). Este modelo de alternancia refleja quizá la *naturaleza cíclica de la agricultura*, descrita en esta parábola y a lo largo de todo el capítulo.

➤ 4,1-2: El capítulo comienza con la vuelta de Jesús a la orilla del mar, que él ha visitado por última vez en 2,13. Allí comienza a enseñar y su voz poderosa atrae hacia él la mayor de las multitudes que hasta ahora ha logrado convocar (podemos traducir también: «una multitud mayor que todas las anteriores»). La magnitud y el interés de esta multitud están enfatizados por la circunstancia de que Jesús se encuentra obligado a utilizar la barca que le habían preparado en 3,9 «para que no lo estrujaran». La sensación de drama aumenta aún más por el modo casi cinematográfico con que el sujeto de los verbos alterna entre Jesús y la multitud:

Jesús comienza a enseñar junto al mar

y una *gran muchedumbre* se reúne;

Jesús se ve obligado a tomar una barca

y *la muchedumbre* se sienta en la orilla;

Jesús les enseña en parábolas, diciendo en su enseñanza...

Atrás y adelante, atrás y adelante, la cámara alterna entre Jesús y la multitud; ellos se miran (Jesús y la multitud), en una confrontación dramática. Cuando Jesús abre la boca para hablar en parábolas, entonces, en ese momento viene a darse una *revelación escatológica decisiva* de la verdad divina. El

significado de esta escena queda subrayado por *la repetición de palabras* relacionadas con la enseñanza. Solo hay una concentración semejante de palabras de enseñanza en la introducción del exorcismo de Cafarnaún, en 1,21-22. Allí, el poder de la enseñanza de Jesús queda confirmado inmediatamente por un exorcismo. Aquí es la misma enseñanza parabólica la que debe cumplir la tarea de autenticarse a sí misma.

- 4,3-8: La parábola del sembrador. El presente pasaje nos ofrece el ejemplo más eminente de la enseñanza de Jesús: la parábola del sembrador. Más tarde, Jesús pondrá de relieve el carácter crucial de esta parábola, diciendo que ofrece la llave de todas las demás parábolas (4,13). Sin embargo, ya en 4,3 Jesús llama la atención sobre la importancia de esta parábola al introducirla con un imperativo en segunda persona: ¡escuchad!; este mandato recibe un paralelo al final de la parábola, donde se utiliza el mismo verbo: ¡que escuche! De acuerdo con eso, *esta parábola crucial* está rodeada de exhortaciones a escuchar su mensaje.

Pero ¿qué es lo que se supone que la audiencia de Marcos debe escuchar en esta parábola tan radicalmente importante? Encontramos algunas aclaraciones sobre esto en *los dos comentarios* que el mismo evangelio ofrece a la parábola: el dicho sobre el misterio del reino de Dios en 4,10-12 y la interpretación alegórica en 4,13-20. Sin embargo, no habiendo escuchado todavía esas dos explicaciones, los oyentes de Marcos pueden sentirse por el momento tan confundidos como lo están inicialmente los discípulos (en 4,10). Este efecto es quizá intencional. Las parábolas son intencionalmente ambiguas, tienen «lagunas» que se han dejado abiertas precisamente en los puntos clave, que son centrales para el discurso. Estas lagunas desafían a los oyentes, para que pongan en juego todos sus recursos interpretativos, con el objetivo de llegar a descubrir el sentido de la narración; de esta forma se consigue que se impliquen activamente en la ardua tarea de la interpretación.

Para lograr ese fin, abriendo la clausura de la narración, los lectores de Marcos podrán recibir la ayuda del Antiguo Testamento, donde la abundancia de la cosecha aparece como una imagen estereotipada para referirse a las bendiciones de los «buenos tiempos que vienen», es decir, de la nueva era que se espera (cf. Jr 31,12; Os 2,21-22; Jl 2,22; Zac 8,12). Por el contrario, la carencia de fecundidad constituye una característica de la «presente edad mala», en la que la tierra languidece bajo el juicio de Dios (cf. Gn 3,17-18; Jr 8,13; Jl 1,12); y esta esterilidad puede expresarse con descripciones de cosechas anormalmente exiguas (cf. Is 5,10).

Este contraste entre la semilla fracasada de Mc 4,4-7 y la maravillosamente fecunda de 4,8 podría recordar el contraste apocalíptico entre la esterilidad de la era antigua y la fecundidad de la nueva. Según esto, el mensaje de la parábola parece ser que, a pesar de la apariencia contraria, a través del ministerio de Jesús *está llegando la nueva edad* esperada del reino de Dios. Esta interpretación queda confirmada por la continuación del capítulo de las parábolas. La nueva era de Dios *está llegando, a pesar de toda las evidencias en contra de ello*, como muestra el hecho de que la parábola no aluda únicamente a la semilla que tiene éxito, sino que sus tres cuartas partes estén dedicadas a la semilla que no logra fructificar.

Pero ¿qué significa esta falta de éxito, este signo del fracaso y la debilidad de la era antigua en una parábola que trata de la llegada del reino de Dios? ¡Todo parecería indicar que, cuando Dios llegue a la escena, debería manifestar su reinado en forma de poder y de éxito, y no en forma de fracaso y debilidad!

Según las concepciones más normales del Antiguo Testamento y del judaísmo, cuando llegue el tiempo final Dios destruirá la muerte para siempre y secará las lágrimas de todos los rostros, eliminando todos los residuos de la edad antigua y trayendo su reino glorioso sobre la tierra redimida, de manera que su pueblo rescatado cantará de alegría, y la tristeza y el llanto desaparecerán para siempre (cf. Is 25,7-8; 35,8-10). Pues bien, debemos poner de relieve el hecho de que en Marcos la nueva edad no ha llegado aún de una forma tal que elimine todos los vestigios de la edad antigua: la mala tierra, que es símbolo de la esterilidad, debilidad y sufrimiento del tiempo antiguo, persiste aún tenazmente y produce su cosecha de muerte. Esta extraña coexistencia de la edad nueva y de la antigua constituye para Marcos «el misterio del reino de Dios». A causa de este misterioso ocultamiento, uno *necesita abrir los ojos de la fe*

para discernir la presencia del reino de Dios. Así fue como lo dijo Martin Buber: «Las auténticas victorias, vencidas en secreto, a veces parecen derrotas... A la luz de una débil lámpara, nuestra fe en Dios como Señor de la Historia puede parecer a veces ridícula; pero hay algo secreto en la historia y que confirma nuestra fe». Para Marcos, ese «algo secreto» es la cruz, porque es aquí donde el creyente es capaz de ver la victoria de Dios en una aparente derrota.

A pesar de que nuestra parábola reconoce claramente la existencia continua de realidades que se oponen a la voluntad de Dios, su fondo es básicamente optimista. El *movimiento* que va desde la semilla infructuosa hasta la que produce fruto es de tipo positivo, y la semilla que fructifica ocupa el lugar destacado del final. La descripción de la cosecha del buen suelo, con la que alcanza su clímax la parábola, ofrece una evocación de la cualidad inesperadamente gratuita del poder divino que se ha introducido en el mundo a través de la muerte y resurrección de Jesús.

Las cosas no se desarrollan de *una forma lógica*, como los hombres habrían supuesto, a través de una progresión lineal de treinta, sesenta y *noventa* por ciento, ni tampoco por una progresión en la que se dobla cada vez el número anterior (treinta, sesenta, *ciento veinte*); en contra de eso, hallamos más bien un elemento de la exhuberancia divina e incluso de su juego gozoso en la cantidad no anticipada del «salto» final, que nos lleva de la cosecha del treinta y sesenta por ciento... *a la cosecha del ciento por uno*.

- 4,9: A causa del carácter misterioso del reino de Dios, hace falta un tipo de percepción especial para registrar su presencia: la parábola concluye, por tanto, con otra exhortación en la que se nos invita a oír, retomando así el tema del imperativo (¡escuchad!) del principio (en 4,3). Hay, sin embargo, un progreso entre los dos usos del verbo «escuchar»: ahora no se pide *a todos* que escuchen, sino solo a «los que tienen oídos para oír», a ellos se les dice que oigan. Porque no todos pueden recibir el extraño mensaje de Jesús sobre la llegada del poder regio de Dios en medio de los sufrimientos y de la debilidad de la edad antigua. Los únicos que tienen oídos para escuchar este paradójico mensaje son aquellos a los que Dios mismo ha concedido el «órgano» adecuado para hacerlo.

De esa manera, la exhortación conclusiva forma *una transición* para la «teoría de las parábolas» de 4,10-12 y la interpretación de la parábola del sembrador en 4,13-20. Apunta hacia algo que esos pasajes explicitarán con un candor implacable: Dios no quiere que todos reciban su palabra, al menos en el momento presente; por eso, el hecho de que algunos la rechacen no será causa de sorpresa. Sin embargo, al mismo tiempo la exhortación conclusiva reforzará también *el sentido de gratuidad*, pues algunos han recibido la gracia de aceptar el mensaje divino, y les preparará para escuchar las palabras que Jesús dirige a sus discípulos: «A vosotros se os ha dado el misterio del reino de Dios» (4,11).

SEGUNDA UNIDAD (4,10-12)

- Jesús se retira con sus discípulos a un lugar privado, ofreciendo a esos seguidores intrigados y desconcertados una oportunidad para que le pregunten sobre la parábola que acaba de pronunciar. En su extraña dureza, la contestación de Jesús ofrece una de las proclamaciones más formidables del Nuevo Testamento. Este pasaje con la «teoría de las parábolas», insertado en su contexto actual por el mismo Marcos, contiene un número inusual de *hapax legomena* (= palabra que aparece una sola vez dentro de un determinado cuerpo literario).

La estructura del pasaje refleja su mensaje. Su primer versículo y medio alterna entre un enfoque sobre Jesús y otro sobre sus discípulos. La fuerte vinculación entre los dos grupos y la conexión implícita entre ambos y Dios, quedan resaltadas por las frases «los que estaban en torno a él», «él les decía» y «el misterio del Reino de Dios». Pero la mitad del versículo penúltimo y el último versículo cambian el enfoque hacia un tercer grupo, el que está formado por «los de fuera», descritos como separados de Jesús y de sus discípulos (por estar fuera de su compañía) y también separados de Dios (porque son ciegos y sordos ante su palabra al no ser perdonados por Dios). Este *aspecto negativo* del discurso parabólico de Jesús ha sido enfatizado con gran fuerza por la *desproporcionada cantidad de espacio* que se le dedica.

- 4,10: La discusión queda iniciada por el hecho de que Jesús se retira a un espacio privado. Le sigue un grupo que incluye tanto a los Doce como a otro conjunto de personas: «Los que estaban en torno a él»: pueden ser miembros de la multitud descrita en 4,1-2, estimulados por la parábola de Jesús, y que así quieren conocer más y convertirse en sus discípulos (cf. 4,34). Probablemente la misma comunidad de Marcos incluye personas que preguntan, oyentes bastante estimulados por aquello que han oído sobre el evangelio, de tal manera que quieren hacer el esfuerzo de aprender más. Es posible, por lo tanto, que esta frase haga que la audiencia de Marcos recuerde su propia situación.
- 4,11-12: La primera parte de la respuesta de Jesús a la pregunta de los discípulos presenta una especie de *antítesis simétrica* entre el efecto que la enseñanza de Jesús produce en sus discípulos y el que produce en «los de fuera». Los discípulos han preguntado a Jesús sobre las parábolas, y por lo tanto se puede suponer que las dos partes de su respuesta se relacionan con las parábolas. En otras palabras, a los discípulos se les ha dado (revelado) el misterio del reino de Dios en las parábolas, especialmente en la del sembrador.

Como hemos visto en el comentario a 4,3-8, esta parábola del sembrador trata del «misterio del reino de Dios», porque expresa la forma inesperada en la que ha llegado la nueva edad, sin que haya sido erradicada totalmente la edad antigua. La diferencia entre los dos grupos no está en que unos escuchan parábolas y otros no, sino en que unos escuchan parábolas con el fin de comprenderlas, mientras que los otros las escuchan con el fin de que puedan quedar endurecidos por su falta de fe.

La «teoría de las parábolas» de Marcos resulta consistente y se mantiene a lo largo del evangelio. Jesús utiliza las parábolas para iluminar a sus discípulos, añadiendo explicaciones para ayudarles. A los de fuera, sin embargo, a menudo les niega las explicaciones, e incluso cuando se las ofrece lo hace rechazándoles de una forma deliberada, poniéndoles así un obstáculo para su verdadera comprensión de la parábola. Este tratamiento decididamente hostil de «los de fuera» constituye *la principal dificultad* de este pasaje. Conforme a la visión de 4,11b-12, la intención de Dios no es que las parábolas de Jesús iluminen a los de fuera, sino que deben cegarles, impidiéndoles que entiendan, para evitar así que alcancen el arrepentimiento y el perdón, una teoría que algunos comentaristas han presentado como cruel, perversa y monstruosa. Para complicar la dificultad, esta parte del pasaje ha sido especialmente acentuada. Esta parte resulta mucho más extensa que la anterior, que habla del privilegio de los de dentro, y en ella el acento se pone sobre la cláusula final («para que no se conviertan y sean perdonados»), que es la más difícil, cosa que ha sido retóricamente destacada por su lugar al final del texto y por el hecho de que rompe el paralelismo entre las dos cláusulas anteriores de 4,12.

Pues bien, ¿por qué *necesitaría* Dios, o Jesús, que la gente no comprenda su palabra? ¿Por qué *necesitaría* Dios o Jesús que «los de fuera» rechacen la palabra y que por tanto se condenen? ¿Será el Dios de Marcos radicalmente distinto al Dios descrito en 1Tm 2,4, que «desea que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad»?

La idea de que los dioses o Dios actúan a veces de forma arbitraria, en modos que se oponen al bienestar de los hombres, se encuentra muy extendida en la historia de las religiones. En el Antiguo Testamento, este reconocimiento de la soberanía divina está vinculado a la visión de que Dios es inescrutable, santo, pavoroso y trascendente, fuego devorador al que nadie se puede acercar y seguir vivo (cf. Is 33,20). Dentro del contexto de Marcos, nuestro pasaje muestra el mismo tipo de dualidad. Conforme al uso normal de esa expresión y según el contexto marcano más amplio, «los de fuera» no son simplemente personas que accidentalmente se encuentran en el exterior de la casa en la que Jesús se ha encerrado con sus discípulos, sino *oponentes de Jesús*, personas que se han excluido deliberadamente del círculo de la salvación, por su actitud y su hostilidad contra Jesús. El odio ciego y la dureza de corazón que estos oponentes han ido manifestando frente a Jesús ha ido creciendo en los dos capítulos anteriores del evangelio, de tal manera que, en algún sentido, la condena que se expresa en 4,12 en la ceguera y en el endurecimiento de los de fuera constituye la ratificación de un proceso iniciado anteriormente.

Este esquema es semejante al de *Isaías*, que es la fuente de Marcos, pues según Is 6 la condena del pueblo a la ceguera, a la mudez y a la dureza de corazón viene tras varios capítulos que van describiendo

la resistencia de ese pueblo contra Isaías, portador de la palabra de Dios. De todas formas, no hay manera de evitar *la responsabilidad de Dios*, a pesar del antagonismo inicial que los oponentes de Marcos han mostrado contra Jesús. Marcos ha mostrado con gran fuerza que ese antagonismo tiene un origen demoníaco y, conforme a la visión de Marcos, los demonios no pueden realizar su obra sin el permiso de Dios (cf. 5,13a).

Ese modo de poner de relieve la responsabilidad de Dios ante el mal refleja probablemente la situación de la comunidad de Marcos. Esa forma de enfocar el tema brota del deseo de los primeros cristianos de fundar en Dios el hecho de que el evangelio haya sido rechazado por el pueblo judío en su conjunto: se esperaba que Israel recibiría a su Mesías con los brazos abiertos; pues bien, Jesús es el Mesías e Israel lo ha rechazado.

Pero esta referencia al determinismo divino del mal ¿constituye *la última palabra* de Marcos sobre el tema del despliegue de la revelación de Dios? En Isaías, la fuente de Marcos, una serie de textos posteriores (29,18.24; 32,3; 35,5) muestran que la nueva edad introducirá una inversión de la sentencia de insensibilidad y condena de Is 6. De modo similar, en Marcos el tema de la finalidad de la cláusula de 4,12 («a fin de que mirando... no vean») se retoma e invierte en las cláusulas de 4,21-22 («para que pueda ponerse sobre el candelero», «a fin de que pueda manifestarse», «a fin de que pueda venir a su manifestación»). Según eso, el ocultamiento de la verdad que se describe en nuestro pasaje debe servir al final para la manifestación de la verdad. En Marcos, lo mismo que en Isaías, la ceguera, la sordera y la condena *no tendrán la última palabra*. Pero sí la tienen en nuestro pasaje.

TERCERA UNIDAD (4,13-20)

- Después de definir el tema de la parábola del sembrador como «el misterio del reino de Dios» en 4,10-12, Jesús ofrece ahora una interpretación de la parábola que alegoriza algunos de sus términos principales. Pero esta explicación es obra de la Iglesia primitiva, al menos en su forma presente. La estructura de esta interpretación responde estrechamente a la de la misma parábola: cada parte es alegorizada, sección por sección. La interpretación puede dividirse en tres secciones: introducción (4,13-14), terrenos improductivos (4,15-19) y el buen terreno (4,20).
- 4,13-14: El pasaje comienza con dos observaciones: la reprimenda de los discípulos y la interpretación de la semilla. La reprimenda a los discípulos por no comprender la parábola del sembrador suena hiriente. Después de todo, la parábola parece oscura, y si veinte siglos de comentaristas han vacilado ante ella, ¿cómo se puede esperar que los discípulos la capten inmediatamente? De todas maneras, probablemente esa reprimenda no debe tomarse de un modo literal. Igual que el imperativo «escuchad» (de 4,3), con el que forma un paralelo, tiene una *finalidad pedagógica*, es decir, la de pedir a los oyentes de Jesús, y por implicación a los oyentes de Marcos, que *presten mucha atención*. De todas formas, aquí hay también un tono de fondo de advertencia: aunque los discípulos se encuentren dentro del círculo de Jesús (4,11a), corren el riesgo de caer en la misma ceguera que afecta a «los de fuera» (cf. 4,11b-12; 7,18; 8,14-21). La reprimenda a los discípulos anticipa el tema principal de la explicación alegórica, es decir, el tema de los obstáculos para la percepción de «la palabra». Resulta sorprendente el hecho de que la explicación interpreta todos los elementos principales de la parábola -los tipos de suelos, los factores que impiden el crecimiento de la semilla, y el resultado de la semilla-, pero deja sin interpretar el sentido del sembrador. ¿Por qué no se especifica su identidad? Esta ausencia ha de entenderse como una «laguna» intencional dentro de la narración, es decir, un tema que se deja oscuro, para obligar al lector a fijarse y pensar, dirigiéndose así hacia el motivo central de la parábola. En un nivel, según Marcos, el sembrador-proclamador es el mismo Dios, como en muchos textos del Antiguo Testamento que hablan de la poderosa palabra divina. En un segundo nivel, el sembrador es Jesús, como en los pasajes de Marcos en los que Jesús enseña, dice o proclama la palabra (2,2; 4,33; 8,32; 9,10; 10,22.24; 11,29; 13,31; 14,34). En un tercer nivel, el sembrador se identifica con los predicadores de la comunidad de Marcos, aquellos cuya proclamación del evangelio (cf. 8,35; 10,29; 13,10; 14,9) es una continuación del propio anuncio de Jesús.

La vinculación de estos tres aspectos de la palabra proclamada resulta clara en 13,11: allí donde los cristianos de Marcos son llamados a dar testimonio de su fe se les dice: «no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu Santo», el Espíritu que es el aliento de Dios, pero que según 1,8 es también el don bautismal de Jesús. Así, 4,14 no describe simplemente algo que pasó una vez, en otro tiempo, en la época pasada del Jesús histórico, sino *algo que continúa realizándose en el presente* de Marcos, allí donde su comunidad sigue llevando adelante la proclamación de la palabra de Jesús.

- 4,14-19: Pero si la palabra es tan poderosa que puede trascender la muerte, si porta en sí el poder de Dios y de Jesús, ¿cómo es posible que tope a menudo con oídos sordos? Este es el problema del que se ocupa la mayor parte de la explicación en 4,14-19. Cada uno de los tres terrenos o suelos improductivos se describe con el mismo esquema: la misma regularidad de este esquema sugiere que el fracaso de la palabra para dar fruto constituye el cumplimiento de un plan divino; y esta sugerencia queda reforzada por la lógica implícita de la parábola: los suelos son como son (son lo que son) porque Dios los ha hecho de esa forma. Los hombres y mujeres son capaces o incapaces de escuchar dependiendo de la forma en que Dios los ha formado (cf. 4,33: «conforme a su capacidad de entender»). Según eso, en contra del modo en que la parábola se interpreta con frecuencia, su mensaje no es «convertíos en tierra buena», pues el buen suelo es buen suelo y el mal suelo es mal suelo. El suelo no puede cambiar de naturaleza. Deliberadamente esa imagen ha sido escogida por su carácter pasivo.

Ciertamente, y a pesar de lo anterior (los suelos son lo que son), los seres humanos pueden actuar. Así, en particular las descripciones del segundo y del cuarto suelo (4,16-17.20) ponen especialmente de relieve la importancia de la acción humana de recibir la semilla y mantenerla. Pero estas descripciones de carácter más antropológico alternan con las del primer y el tercer suelo (4,15.18-19), que son más abiertamente *demonológicas*. El Diablo aparece explícitamente mencionado en 4,15. Así que aquí no queda espacio para la acción de la voluntad humana: Satán viene inmediatamente, e irrumpe sobre el suelo y arranca la semilla antes de que tenga posibilidad de germinar. De modo semejante, en 4,18-19 las «preocupaciones del mundo», es decir, los problemas que brotan de este mundo perecedero, que ata a las personas, no permiten que estas puedan escoger, sino que las mismas preocupaciones entran en las personas como demonios y les quitan la posibilidad de decidirse a favor de Dios. Como sucede con frecuencia en los escritos apocalípticos, la frontera entre el ejercicio de la voluntad humana y el influjo de poderes sobrenaturales resulta muy tenue. Estas descripciones de semillas que se pierden sería de gran interés para la comunidad de Marcos, dado que probablemente algunos de sus primeros miembros *habían apostatado*. Los rasgos del segundo suelo y del tercero (el de rocas y el de espinas) tienen quizás una resonancia especial, como sugiere su misma longitud. Es probable que algunos miembros de la comunidad de Marcos no hayan estado bien arraigados en la fe para mantenerse firmes cuando ha surgido la persecución del mundo, de manera que no han sido capaces de resistir hasta el fin, para ser así salvados (13,13); quizá otros hayan sido seducidos por la riqueza y por otras preocupaciones mundanas. Se han vuelto *proskairios*, inestables, cuando los tiempos se tornaron duros (4,17).

Enfrentado con estas defecciones como fondo, nuestro pasaje pide a los oyentes de Marcos que *se mantengan firmes* escuchando la palabra de Dios, que no desistan, para mostrar así que son ciertamente suelo bueno. De modo implícito, este pasaje también *les consuela*, pues aunque muchos están rechazando el mensaje de Jesús, ese gesto no significa, como algunos estarían tentados de pensar, que la palabra que han escuchado y proclamado no es palabra de Dios. Al contrario, precisamente porque es palabra de Dios, la reacción resulta a veces tan brutal y repentina que Satán se abalanza como un pájaro de presa para arrancarla de los corazones de la gente. Porque la palabra no es solo un mensaje sobre la nueva era, sino también el instrumento de Dios para liberar a la humanidad e introducir así la nueva edad; y por eso los poderes de la vieja edad, que tienen a la humanidad cautiva, están tan empeñados en estrangular la palabra.

- 4,20: Esa resistencia manifiesta que la palabra es poderosa y que está cumpliendo su efecto, pues está derrotando a las fuerzas demoníacas que anteriormente tenían poder sobre la tierra. Pero esta resistencia es todavía una noticia mejor para la comunidad de Marcos, pues indica que, a pesar de la

oposición que recibe, la palabra está encontrando de hecho una entrada en los corazones humanos, de manera que algunos oyentes están preparados y son capaces de escucharla y recibirla, permitiendo que fructifique en sus vidas, dejando en un segundo plano todas las restantes cosas. El reino de Dios ha entrado en escena, ha venido a través del ministerio de Jesús. La nueva edad ha irrumpido, pero misteriosamente, sin erradicar ni destruir todas las huellas de la edad antigua. Algunos pueden discernir la llegada de Dios en la vida, muerte y resurrección de Jesús, pero muchos son incapaces de ello. Pues bien, incluso esta ceguera de muchos «de fuera» constituye un reflejo de la voluntad de Dios.

Pero la voluntad de Dios no consiste en que este Reino permanezca escondido para siempre, y así lo pondrá de relieve la segunda parte del capítulo de las parábolas. Marcos cree que sucede precisamente lo contrario: muy pronto la oscuridad dejará paso a la luz, e incluso la misma oscuridad actual se encuentra al servicio de la luz. Este mensaje paradójico constituye el tema principal del siguiente pasaje.

CUARTA UNIDAD (4,21-25)

➤ Después de haber interpretado alegóricamente la parábola del sembrador (4,13-20), Jesús ofrece ahora cuatro nuevas parábolas: la lámpara, lo escondido y lo manifiesto, la medida, y el tener y no tener. Marcos es probablemente el responsable de combinar aquí cuatro dichos originalmente independientes, colocándolos en su contexto presente. La composición resultante de Marcos se divide en dos partes. Cada una consta de un par de parábolas (4,21-22 y 4,24b-25), introducidas por las fórmulas «y les decía». En cada caso, la segunda parábola constituye una explicación de la primera. Los dos pares de parábolas están vinculados por un par de mandamientos centrales sobre la exigencia de oír-atender (4,23.24a). La semejanza de estructura entre las dos partes *refuerza la conexión* entre sus temas, que son dos: 1) la transición futura del estado de ocultamiento a la revelación (4,21-23); 2) y el corolario antropológico, que es la necesidad de escuchar atentamente (4,24-25).

➤ 4,21-23: La parábola del sembrador y su interpretación han presentado el reino de Dios como una realidad escondida: el buen suelo, es decir, los que escuchan con atención la palabra de Dios, son aquellos que dan testimonio de la llegada de la nueva edad; el suelo improductivo, es decir, los oyentes que no aceptan la palabra, constituye una prueba de la permanencia de la edad antigua. Sin embargo, el comienzo del pasaje afirma con gran fuerza que este misterioso ocultamiento del reino de Dios no durará para siempre. Si la acción oculta de Dios es su modo de actuar en el presente, Dios manifestará pronto su poder de un modo abierto. Hay también una conexión histórico-religiosa entre la interpretación de la parábola del sembrador, con su foco puesto en el destino de «la palabra», y el pasaje actual, con su imagen de la lámpara. De acuerdo con el Salmo 119,105, la palabra de Dios (*logos*) es «una lámpara (*lychnos*) para mis pies, una luz para mis pasos». Además, en la iconografía judía antigua, la *menorah* o lampadario aparece asociada con el «sagrario» de la palabra de Dios, que es la Torá. La asociación entre palabra y lámpara se apoya también en la semejanza de sonidos de las palabras griegas: *logos* y *lychnos*. Así, la transición entre la interpretación de la parábola del sembrador y nuestro pasaje resulta natural. La «venida» de la lámpara equivale a la penetración de la semilla de la palabra en las diferentes clases de tierra.

La lámpara/palabra no viene para quedar escondida para siempre, sino para ser colocada en el lampadario, es decir, para que sea públicamente manifestada (4,21). Pero ¿cómo pudo hablar el pasaje anterior del velamiento deliberado de la verdad, si ahora se dice que la verdad tiene que manifestarse? Jesús responde en 4,22a diciendo que incluso la oscuridad sirve para que la luz sea manifiesta. La idea marcana de *ocultar a fin de revelar* resulta paradójica, casi tanto como la de hablar a la multitud a fin de que no puedan entender (4,11-12). En el contexto general de Marcos, estas dos ideas paradójicas se encuentran mutuamente relacionadas, y las dos con el motivo del *secreto mesiánico*. A través de la muerte de Jesús, divinamente querida, que ha sido causada por la ceguera espiritual y por la sordera de los seres humanos, comienza una nueva *era de revelación*. Tras el viernes santo y el domingo de pascua, la identidad de Jesús como Mesías y como Hijo de Dios, que permaneció escondida ante todos durante el tiempo de su vida terrena, viene a convertirse en tema de la proclamación de la comunidad de

Marcos. De este modo, en último término la oscuridad de la palabra está al servicio de la revelación, pues conduce a la muerte reveladora de Jesús. Así decimos que lo que estaba escondido lo estaba solo a *fin de que* pudiera venir a la luz.

Si esta interpretación es correcta, entonces 4,21-22 muestra que *el tiempo presente* es para Marcos una época de revelación: la lámpara de la palabra de Dios ha venido a la casa (al mundo) y está irradiando su luz en cada oscura hondonada de la tierra. Sin embargo, al mismo tiempo el ocultamiento sigue siendo un factor del tiempo presente. Por eso los lectores de Marcos deben recibir una llamada de atención, y es lógico que la primera sección de nuestro pasaje termine con una exhortación a escuchar (4,23). Aquí, igual que en 4,3.9, el verbo escuchar es un *imperativo presente* que sugiere la necesidad de un continuo retorno a la palabra divina.

- 4,24-25: Esta llamada a mantenerse en vela es repetida y reforzada por la exhortación que introduce la segunda mitad de este pasaje: «Mirad (prestad atención a) lo que escucháis» (4,24a). Como en 4,3 y en 4,12, el sentido del oído viene reforzado por el de la vista, sugiriendo que lo que aquí se busca es *la implicación de toda la persona*, con todas sus facultades. Otro aspecto significativo es la llamada a prestar atención a las cosas que se escucha. Porque en un mundo que sigue siendo todavía la casa y reino de Satán (cf. 3,23-26) *no todas las voces deben ser oídas* (cf. 5,26, donde Jesús ignora lo que se dice sobre la muerte de la hija de Jairo).

Fuera, en el mundo, no se escucha solo la palabra de Dios, sino también una palabra engañosa, satánica, que pretende ser la voz de Dios, capaz de extraviar incluso a los elegidos (cf. 13,5-6.22-23). Escuchar la voz de Satán significa en último término perder la raíz que «uno tiene en sí mismo» (cf. 4,17) y supone morir en un sentido real (cf. 4,15-19). Por el contrario, escuchar la voz de Dios sobre su mundo futuro significa en último término dar fruto, incluso allí donde uno puede perder su propia vida en el proceso (cf. 4,20; 8,35).

Este rasgo queda reforzado por la parábola sobre la medida, en 4,24b, y por la parábola sobre el tener y el no tener, en 4,25. Ambas parábolas emplean *pasivos divinos*. Este predominio de los pasivos divinos refuerza retóricamente el tema del capítulo de las parábolas: la acción escondida de Dios en el mundo. La primera parábola, el dicho sobre la medida, utiliza una imagen habitual en la literatura antigua para expresar este pensamiento: uno recibirá de nuevo aquello que ha dado a los otros. Nuestro pasaje aplica la metáfora de la medida en un *nivel de conocimiento*: cada uno comprende las cosas según la medida de su atención. Hay algo deliberadamente paradójico en la aplicación de esta imagen de la medida a la percepción, dado que el medir (con la medida) constituye una acción que se realiza *en relación con otros*, mientras que Marcos la aplica a la escucha, que es una acción que uno realiza para sí mismo. Según eso, el texto de Marcos parece decir que uno tiene obligación no solo respecto a los demás, sino también respecto a sí mismo, y que esta obligación se expresa haciendo que uno mismo vuelva su atención hacia la palabra de Dios.

La respuesta divina a esa vuelta hacia la palabra de Dios no se expresa en un estricto «esto por aquello», ya que Jesús añade que los oyentes atentos recibirán incluso más de lo que actualmente tienen derecho a recibir: «y se os añadirá más». Esta idea básica se expresa a menudo en la literatura rabínica: si una persona da un pequeño paso hacia Dios, Dios responderá con desbordante generosidad a su movimiento.

Según la visión marcana, la bendición de Dios (que concede una *comprensión* adicional, mayor) no es exactamente una recompensa por la atención humana. Para alejar este falso concepto, Marcos invoca otra idea proverbial: la observación sarcástica de que los ricos se hacen más ricos y los pobres más pobres. Sin embargo, en el contexto de Marcos, este sarcástico comentario social se convierte en principio de una meditación posterior sobre la extraña forma en que Dios responde a la capacidad o incapacidad humana para escuchar su palabra. En esa línea, según Marcos, aquellos a quienes se les ha concedido entrar en los misterios del reino de Dios recibirán más comprensión; por el contrario, a quienes no se les ha concedido, se les quitará incluso el conocimiento que tienen. Estamos de nuevo ante el mismo dualismo de 4,10-12, similar al de 4,25 incluso estructuralmente. En ambos casos pasamos de una afirmación sobre el grupo de «dentro», al que Dios concede conocimiento, a otra sobre

los que forman el grupo de «fuera», a los que Dios quiere cegar y condenar. Este determinismo es de tipo apocalíptico. Refleja el trasfondo apocalíptico de Marcos. En el momento de crisis, cuando el poder del nuevo eón irrumpe en el mundo, Dios ofrece un conocimiento escatológico a aquellos a quienes él ha escogido para recibirlo. Pero el mismo Dios despliega también un juicio escatológico de ceguera sobre aquellos que están predestinados a formar parte de las filas de los enemigos.

De esa manera, después de haber retirado momentáneamente la cortina escatológica en 4,21-22 para permitir una visión del final (un universo lleno de luz), abruptamente Marcos corre de nuevo esa cortina en 4,25. La visión de la revelación final se desvanece y nos encontramos de nuevo ante el cuadro que ha dominado el capítulo de las parábolas, desde su principio hasta 4,20: un mundo que se alza sobre el abismo, un mundo dividido por la desconcertante voluntad de Dios en dos reinos colindantes: el de la luz y el de la oscuridad, la soberanía divina y la demoníaca. Este alejamiento de la visión de la plenitud última, que se había desplegado momentáneamente en 4,21-22, prepara el camino para una discusión ulterior sobre el sentido del ocultamiento y su relación con la revelación, en 4,26-32.

QUINTA UNIDAD (4,26-34)

- Marcos cierra su capítulo de las parábolas con dos nuevas sobre la semilla: la semilla que crece por sí sola (4,26-29) y la semilla de mostaza (4,30-32). Y a continuación, una breve afirmación conclusiva sobre la práctica general de Jesús, que enseña a la multitud en parábolas para explicárselas después en privado a sus discípulos (4,33-34).

La estructura de las dos parábolas es similar. Cada una comienza comparando el reino de Dios con una semilla plantada en el suelo y termina describiendo el estado final, plenamente crecido, de la semilla, que corresponde a la manifestación plena y pública de ese Reino. Pero dentro de esa semejanza de conjunto, las dos parábolas tienen *énfasis distintos*: la de la semilla que crece por sí misma se centra más en *el proceso de crecimiento*, mientras que la parábola del grano de mostaza se fija sobre todo en *la diferencia entre el estadio inicial de la siembra y el estadio final del fruto logrado*.

- 4,26-29: El pasaje anterior ha puesto de relieve dos cosas: el carácter inevitable de la manifestación pública del reino de Dios (4,21-22) y el ocultamiento actual de ese Reino: algunos pueden oír y «tener» su secreto, mientras que otros no pueden ni «tener» (4,24-25). El reino de Dios está, pues, misteriosamente presente, pero escondido, un argumento que desarrolla el tema principal del pasaje anterior: la interpretación de la parábola del sembrador (4,13-20).

Esta parábola de la semilla que crece por sí misma sigue presentando ese tema, poniendo de relieve que la forma de crecimiento del reino de Dios va más allá de la capacidad de comprensión del hombre y desborda su poder de control. Todo lo que el agricultor tiene que hacer es arrojar la semilla en el campo y esperar; la semilla germina y se desarrolla por sí misma, incluso mientras el agricultor duerme y no tiene ni idea de cómo crece esa semilla (4,27). Con el fin de acentuarlo, la parábola parece ignorar intencionadamente todas las actividades humanas necesarias para el buen desarrollo de la agricultura, tales como cavar el campo y arrancar las malas hierbas. De esa forma, la parábola plantea *un tema clave* en la batalla teológica que ha movilizó a los pensadores desde el tiempo de Jesús hasta el presente: ¿La venida de la redención final depende solo de la voluntad de Dios o también depende de la acción humana?

Dentro de este debate, nuestra parábola se sitúa con gran fuerza del lado de quienes ponen de relieve el determinismo divino, lo cual no debe sorprendernos, después de lo que hemos visto en 4,11-12 y 4,13-20. Su manera de destacar la ignorancia y la falta de control del hombre es similar a la de un famoso dicho talmúdico: «Hay tres cosas que vienen sin que podamos prevenirlas: el Mesías, un objeto hallado casualmente y un escorpión». En el contexto de Marcos, este énfasis sobre la falta de control humano puede hallarse dirigido contra los rebeldes judíos que están intentando «forzar el fin» con su acción militar contra Roma.

Aunque el agricultor no es el último responsable del crecimiento de la semilla, él debe hacer algo: tiene que arrojar la semilla en el campo (4,29b).

Probablemente también esta acción contenía unas resonancias importantes para la comunidad de Marcos. Unos versos atrás, Marcos ha identificado la semilla con la «palabra», y teniendo en cuenta esta identificación, la comunidad de Marcos seguramente escucharía esta parábola como una palabra de ánimo dirigida a aquellos que podían sentirse responsables del poco éxito de la proclamación de la buena noticia sobre Jesús.

La parábola ofrece a esos cristianos este mensaje: lo que Dios hace con su palabra es asunto suyo; lo único que se le pide al predicador es que arroje la semilla sobre el campo que la está esperando, no que decida de qué forma dará fruto. El éxito final se encuentra asegurado, pero solo Dios conoce la modalidad precisa de su realización.

El agente causal que hace posible que la palabra fructifique no es el agricultor que siembra la semilla, sino el campo que «por sí mismo» (*automaté*) hace que la semilla germine y se desarrolle, hasta que está dispuesto para la cosecha. El término griego *automaté*, del que deriva nuestra palabra «automático», se utiliza con frecuencia en el Antiguo Testamento y en los textos judíos posteriores para referirse a aquello que *solo Dios realiza*. Resulta apropiado, pues, que Marcos utilice esa palabra para describir el misterioso crecimiento, divinamente impulsado, que está haciendo que surja el Nuevo Edén; ese crecimiento se encuentra vinculado a la expansión de la buena noticia sobre Jesús, que está haciendo que surja un mundo en el que Dios sea el auténtico rey.

Este crecimiento «automático» del reino de Dios se despliega a través de distintos estadios: «primero el tallo, luego la espiga, después trigo abundante en la espiga» (4,28a). Esta descripción es semejante a la que aparece en varios textos judíos apocalípticos.

También para Marcos la historia se encuentra dividida en *estadios separados*, bajo la dirección de Dios (simbolizada por la tierra que actúa «automáticamente»); y la imagen que se emplea para describir estos estadios es el crecimiento de las realidades naturales, que se van desplegando según un orden. Cada estadio implica un grado diferente de aproximación a la cosecha final y, por tanto, un grado distinto de ocultamiento; el despliegue del tallo se encuentra aún bastante alejado de la planta madura, pero la espiga está ya más cerca.

Cuando este proceso de despliegue acabe -no antes-, llegará el fin de repente. Puede suceder incluso que los momentos del progreso de nuestra parábola (tallos → espiga → grano maduro) correspondan, conforme a la mente de Marcos, a tres fases identificables del despliegue del reino de Dios: el ministerio terreno de Jesús, la época pospascual de la Iglesia y el *eschaton* (el tiempo final). La cosecha de la que aquí se habla constituye *la visión habitual del juicio final*, tanto en el Antiguo Testamento como en el judaísmo y en el Nuevo Testamento.

- 4,30-32: Pero en el tiempo intermedio, es decir, hasta que llegue el *eschaton*, el reino de Dios seguirá existiendo en un estado de ocultamiento que lo hace misterioso (4,11), de manera que no aparece de forma expresa (4,3-8) y resulta difícil de describir. La introducción a la parábola de la semilla de mostaza pone muy de relieve esta dificultad: «¿Con qué compararemos el reino de Dios o en qué parábola lo pondremos?» (4,30). El hecho de unir dos preguntas resulta inusual y probablemente quiere poner de relieve *el carácter elusivo* del reino de Dios.

El cuerpo de la parábola subraya ese carácter elusivo del reino de Dios, como lo expresa la diminuta dimensión del grano de mostaza, que aparece como signo de la invisibilidad inicial del Reino (4,31). Aunque la imagen del grano de mostaza, una simiente proverbialmente pequeña, bastaría, Marcos destaca aún más este motivo introduciendo de forma gramaticalmente dura otra frase, «la más pequeña de todas las semillas de la tierra». En esta inserción podemos quizá percibir un aspecto de la autocomprensión de la comunidad de Marcos, que está enfrentada a la hostilidad de la sociedad y al poder de las autoridades enemigas; no se siente fuerte, sino que se ve como «la más pequeña de todas las semillas de la tierra».

Pero la comunidad de Marcos probablemente se identificaría también con la descripción del gran tamaño de la planta de la mostaza ya crecida (4,32), mirándola como promesa de futuro, aunque también, bajo otro aspecto, como experiencia de presente. Como esperanza de futuro, la descripción de la gran planta de mostaza expresa la gloria que la comunidad espera para el *eschaton*; si el estadio final

de la semilla que se describe en 4,26-29 constituye un símbolo de la Segunda Venida, también el pleno desarrollo de la planta debe ser un signo de esa venida. De acuerdo con eso, en el *eschaton* la pequeñez de la comunidad de Marcos se transformará en grandeza y su sufrimiento en gozo.

Pero, en cierto sentido, seguramente la comunidad de Marcos sentiría también que estaba participando ya en la gloria del reino de Dios sobre la tierra, tal como está simbolizado en la semilla de mostaza ya crecida. Esa comunidad descubre que su pequeñez es ya el escenario donde se despliega la fuerza de Dios, el lugar donde su sufrimiento se convierte en ocasión para la alegría.

Según eso, Marcos esperaría probablemente que sus lectores vincularan el estado final de la semilla de mostaza tanto con el *eschaton* como con el estadio actual de la comunidad, concluyendo que al estadio de ocultamiento del ministerio terreno de Jesús y a su muerte ignominiosa (estadio de semilla) le había sucedido ahora el despliegue de la misión cristiana (estadio de planta), de tal manera que al ocultamiento de la semilla y al sufrimiento actual de la planta en crecimiento le sucedería la revelación total de la planta en la parusía.

- 4,33-34: De todas formas, en la edad actual, en la cual el mundo se encuentra dividido, la palabra cumple su función únicamente entre el pequeño grupo de los seguidores de Jesús. Su verdadero significado, igual que el mismo reino de Dios, queda oculto para la inmensa mayoría de la gente. Este ocultamiento tiene una *finalidad pedagógica* dentro de la enseñanza de Jesús, que ha vuelto a ponerse de relieve en la conclusión de este capítulo de las parábolas (cf. 4,10-12). No todos son capaces de escuchar la palabra y comprenderla (cf. 4,9.13-20.23). Pues bien, esta división entre aquellos que la entienden y aquellos que no la entienden debe ser una consecuencia de la voluntad de Dios (cf. 4,10-12). Más aún, la vinculación entre el «pueden» de 4,32 y 4,33 sugiere que, si las personas son capaces de escuchar la palabra de Dios (4,33), esto se debe solamente al hecho de que Dios les ha capacitado para oír, haciendo que su poder real irrumpa desde el cielo y se expanda por toda la faz de la tierra (4,32). Pero no todos han experimentado este poder -por ahora-. Después de la magnífica visión de la consumación escatológica, que aparece al final de ambas parábolas, Marcos vuelve de nuevo al dualismo que había destacado en 4,10-20 y en 4,24-25. Así concluye el capítulo de las parábolas, recordando a sus lectores que Jesús solo enseñaba el sentido secreto de sus parábolas «a sus propios discípulos»; en consecuencia, todos los demás permanecían en la oscuridad. Por otra parte, el sentido de la oscuridad en Marcos resulta todavía más fuerte. El siguiente pasaje se desarrollará literalmente en la oscuridad, de manera que los mismos discípulos parecerán formar parte de ella.

Paso 1 **Lectio:** ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio:** ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio:** ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiones, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio:** ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza